las bulliciosas turbas
de los días de fiesta
forman corros alegres
y en soberana libertad meriendan.

Huyen de la ciudad... van como esclavos
que rompen sus cadenas...
Huyen los abatidos
que taciturnos la ciudad encierra...
huyen como esas aves
que hácia otros climas afanosas vuelan...
¡Van á arrojarse en brazos de la augusta
madre Naturaleza
que acógelos á todos
envanecida de su prole inmensa!...

Huyen de la ciudad... ríen y gozan...
los baña el sol y el viento los orea...
Los fatigados cuerpos
pronto recobran sus perdidas fuerzas,

en alborozos cándidos
olvídanse las penas
y son todos los hombres más apuestos
y las mujeres son todas más bellas.

Forman corros alegres... ¡son familias!
su libertad y su vivir celebran:
comen, ríen y gozan,
abren puesto al festín á quien se acerca
¡y á los que pasan lejos
llaman á voces con jovial franqueza!

¡Familias venturosas
que á la plácida vida se despiertan!...
¡Corros, alegres corros
dispersos en el llano y en las peñas!...
A la luz de los cielos que amorosa
los acaricia y besa,
y en medio de los campos que riëntes
á su invasión se entregan,

parecen grandes flores...
¡flores en todo su esplendor abiertas!

. . . . . .

. . . . . .

Radiante de alegría,
corriendo tras su esposo placentera,
grita una joven madre que en sus brazos
un niño hermoso lleva:
—Mira! mira! Te dice papaïto!...
¿pero no ves qué lengua?
Te dice papaïto! papaïto!...
Mi vida! mi ilusión! Bendito seas!—
Y en efusivo arranque,
loca á su pecho con pasión lo aprieta
¡comiéndoselo á besos
en su ternura maternal, deshecha!

. . . . . .

Con el sano apetito

de saludables hembras,
las soñadoras vírgenes
comen y rien con la boca llena...
comen, aman y ríen,
se persiguen gritando, cantan, juegan...
rojas están del sol y de alegría...
¡las amapolas son de la pradera!...
Atraidos los hombres
por la alegría y el amor, las cercan,
las arrullan amantes... ¡y al oido
de las vírgenes llega,
como secreto aviso de ignorados
placeres que se esperan,
la anunciación sagrada de la vida
á cuyas ansias misteriosas, tiemblan!

. . . . . .

Y todos alborotan, todos cantan...
¡es la bandada suelta!...
Y entre el rumor alegre de los corros

dispersos en el llano y en las peñas,
apagando la nota persistente
de las humanas quejas,
¡la canción de la vida, en un suspiro
de conquistada libertad, se eleva!

. . . . . .

. . . . . .

¡Bendígaos Dios, familias!... Con vosotros
eternamente la ventura sea!
Apuestos hombres, bulliciosos niños,
madres de amplias caderas
y encantadoras vírgenes, tesoros
de vida y de promesas:
¡reid, gozad, amaos
en perdurable fiesta!...
¡Corros, salud! ¡Salud, esplendorosas
flores humanas á la vida abiertas!...

La canción de la añoranza

Desenfrenado el temporal violento
reina en la costa brava...
con ira el mar, de sus revueltas olas,
en las peñas el vértigo desata:
ya sobre ellas se tiende
como un amante de caricias bárbaras...

¡ya sus frentes altivas,
corona fieramente con las espumas blancas!

. . . . . .

Del bergantín soberbio
que hizo arribar al puerto la borrasca,
á la puesta del sol, sobre cubierta,
celebrando el domingo, los marineros danzan...

Su danza es alegre,
flexible, gallarda...
su música es simple, ¡pero es como el aire
del mar y los campos, de pura y de sana!...

Con un dejo triste,
la fiesta acompañan
la tarde que muere, los sordos rumores
del mar en la costa y el viento en las jarcias...

La danza es alegre, la música alegre;

pero hay en la fiesta visiones extrañas
y en el bronco sonar de un pandero,
monótono y blando, cadencias nostálgicas...
¡Tal vez pone el recuerdo amoroso
de los seres queridos que aguardan
las naves ausentes
en costas lejanas,
la gota invisible
que todo lo amarga!...

Danzan enardecidos
cual si evocaran
y vivieran su vida
toda, en la danza...
Danzan... Sus movimientos
rítmicos hablan...
¡Quizás se remontaron
del sueño en alas
y en derredor del baile
surge la patria!...

Y al son plácido traido de sus costas,
la visión querida pasa...
la de aquellas venturosas dulces noches
del hogar, nunca olvidadas...
la de tiernas
infantiles remembranzas...
¡la de amores delicados y constantes
que se llevan escondidos en el alma!...

Y al son plácido, los hombres
que serenos arrostraron la borrasca,
se estremecen y suspiran
en su danza...
¡se estremecen y suspiran porque ante ellos,
sonriëndo tristemente la visión querida pasa!...

Y en la tarde melancólica que espira,
por los tintes de su cielo precursora de bonanzas,
al rumor del mar bravío que violentamente ruge
y al acorde cadencioso de las jarcias...

al son bronco del pandero que repite
su monótona y constante nota amarga,
misteriosa...
sin palabras...
como soplo de caricia de otras tierras,
¡gira en torno de la nave la canción de la añoranza!...

La canción del yunque

I.

Alegrando los valles
el alba asoma
y el yunque, su argentina
canción entona...
Tin tán! tin tán! tin tán!
tin! tin! tin!...

Junto al camino puso el herrero
su fragua tosca,
la negra fragua
de fauces rojas...
Canta el herrero
y el fuelle sopla...
su voz es limpia como los puros timbres del yunque...
¡canta el herrero, dios de la forja!...
Y el forjador que el hierro
candente doma,
batiéndolo, sus golpes
sobre él redobla...
Canta el herrero,
dios de la forja:
«Nadie, si tú no fueras, me domaría,
porque soy hierro...
¡pero es que tú, zagala de labios rojos,
eres el fuego!»

Su amor y su trabajo
siempre amorosa

compendia y acompaña
la alegre nota...
Tin tán! tin tán! tin tán!
tin! tin! tin!...
¡la canción argentina
que el yunque entona!

. . . . . .

. . . . . .

Cuantos más golpes recibe,
más intensas puras ondas
lleva el yunque de su acento por los valles,
frescas, limpias, cristalinas, insistentes, vibradoras...

Y del yunque
son las notas,
repetidas dulcemente por los ecos de los valles,
claras, tenues, delicadas, vagorosas,
ya cercanas
ó remotas,

como quejas, como voces de los tristes
que soportan
resignados la tortura de los golpes
de una vida dolorosa...
¡como quejas, como voces de almas puras
que en las penas se acrisolan
y que viven dulcemente
la tristeza de amarguras misteriosas!

. . . . . .

. . . . . .

II.

Alegrando los valles
el alba asoma
y el yunque, su argentina
canción entona...
Tin tán! tin tán! tin tán!
tin! tin! tin!...

Pasaron por el valle

las alegrías, las penas hondas...
como racha de viento
pasó la vida, fugaz, ruidosa...
pasó callada después la muerte...
dejó al herrero sin ilusiones... solo en la choza...
¡por compañera
su fragua tosca!...

Desde entonces el herrero ya no canta:
con la rumia de sus penas en silencio el hierro forja
y á los golpes del martillo,
la canción del yunque sola,
repetida dulcemente por los ecos de los valles,
dá sus notas
¡frescas, limpias,
insistentes, delicadas, vagorosas!...

La canción de las madres

La canción de las madres
es una delicada
canción de besos...
breve canción que dura
lo que los hijos
en el regazo...

los hijos tiernos,
¡hermosos y fugaces
como las flores!...

Junto á la cuna
cantan las madres;
su canción es caricia,
queja, suspiro...

«La estrella de mis ojos
ya está durmiendo...
¡ni los ángeles tienen
tan dulce el sueño!...»

Madres!... fuentes purísimas;
manantiales de amor, inagotables;
Madres!... madres!... misterios
de inefable ternura;
sagrados vasos de la vida; santas!...
Yo me prosterno ante vosotras, beso
donde pisais y os rindo

mi adoración en elevado culto.

. . . . . .

. . . . . .

Cantan... en el regazo
tienen al hijo...
¡y en éxtasis lo miran
y lo amamantan!...
Cantan las madres:

«¡Cuanto se quiere un hijo,
Dios de mi alma!...
¡Cuanto te quiero, carne
de mis entrañas!...»

Y la vida le dan en el supremo
deleite del amor... ¡le dan su sangre!...
¡Fuentes purísimas!...
¡sagrados vasos de la vida! ¡oh senos!...

. . . . . .

. . . . . .

Hermosos y fugaces
como las flores,
vuelan al fin los hijos
desde el tibio regazo de las madres:
los unos á los cielos,
los otros por la tierra,
y espira la canción... Cruél impuso
la pena su silencio...
¡pero aun puede escucharse,
preñada de ternezas infinitas,
la canción de las lágrimas!

La canción de las tristezas

Tristezas fecundantes, tristezas melancólicas,
amores misteriosos y vagos del espíritu
que en él dejáis en horas de doloroso espasmo,
germinadora esencia del alma de la vida...

Venid á mí, tristezas, pesad sobre mis hombros...

venid enamoradas... venid voluptuösas...
echad sobre mi rostro la sombra de las penas,
poned en mí la marca de intensas palideces...

Venid y quedamente, con abandono tierno,
como hablan los amantes en la callada noche,
¡habladme sin rebozo ni trabas torturantes
á solas y en la noche discreta del espíritu!

Venid y dulcemente... ¡desapiadadamente!
con la pasión sincera de los amantes ciegos,
secretas confesiones hacedme enamoradas,
aunque atormentadoras mi espíritu conturben.

. . . . . .

. . . . . .

Así las evocara y en la secreta noche
vinieron las tristezas é, igual que melancólicos
amantes doloridos, ¡á mi cansado espíritu
cantaron el supremo deleite de la vida!

«No hay nadie en este mundo contento con su suerte,
»aquello que se alcanza no nos hará felices,
»del perennal deseo tan solo existe el goce...
»¡de lo soñado siempre, mas nunca conseguido!

»Somos amantes fieles... ¡las más fieles amantes!
»las del amor intenso, las del amor que mata,
»más amorosas cuanto más de nosotras huyen,
»teniendo para todos caricias dolorosas...

»Somos la inestinguible pasión que en todos late,
»suplicio al par que goce y aliento de la vida,
»nuestra deidad es Tántalo y Tántalo es el mundo,
»que sufre la inefable tortura del deseo.

. . . . . .

. . . . . .

»—¡Dadme los besos todos de todas vuestras bocas!—
»muriéndose de amores el hombre suspiraba,
»en tanto que abstraidas en sus amores vanos

»las vírgenes pasaban eternamente vírgenes!...

»Nosotras lo adormimos con nuestro triste arrullo...
»El hombre suspiraba:—¡Dadme los besos todos!...—
»¡Nosotras recogimos en el amargo cáliz
»de la infinita pena, sus inefables ansias!...

. . . . . .

. . . . . .

Cantaron las tristezas después más débilmente
las místicas ternuras de los deseos idos...
Con lánguida sonrisa, con desmayado acento
cantaron melancólicas... ¡cantaron añorantes!...

La canción de los trigos

Han granado ya los trigos
y se muestran opulentos...
¡inundaron de oro puro las anchuras de los campos
y á los hombres el tributo de la vida les rindieron!

¡Han granado!... Sazonadas las espigas
se inclinaron, y agitadas por el viento,
cosas trágicas cantaron

tristemente, gravemente, con susurros de misterio...
«No nos venda al oro el hombre
»ni haya más oro que el nuestro...
»todos gocen las cosechas
»que los campos dan espléndidos...
»no nos guarden codiciosos
»en sus trojes los perversos
»y que teman, si nos guardan,
»la venganza justiciera de los buenos...

Y los amos
que se hallaban al acecho
y escucharon los rumores
de los trágicos acentos,
reclutaron segadores y los trigos
se quedaron en silencio
á los golpes de las hoces, que tendidos en los campos
hechos haces, los dejaban como muertos.

. . . . . .

. . . . . .

Han granado ya los trigos
y atiborran los graneros,
celebrando la codicia satisfecha de los hartos,
¡los hambrientos!...
Resignados, melancólicos, turbada
la alegría soberana de la tierra, con el dejo
de fatales, de mortales pesimismos,
suenan lánguidos y tristes sus cantares á lo lejos...
«Dios dispuso así este mundo
»y no tiene el mal remedio:
»Hizo Dios ricos y pobres
»y tendrá siempre que haberlos!

Las sangrientas amapolas manchan haces y rastrojos
con matices que creyéranse simbólicos... siniestros!...
y los trigos que aun se yerguen,
se digera que repiten su canción de vago acento
redentora,
saturada de misterio...
»No nos venda al oro el hombre

»ni haya más oro que el nuestro...

Llevan tristes los esclavos á los hombros
las gavillas de los trigos opulentos...
cabecean las espigas de las trágicas canciones,
¡y, en las frentes abrumadas, van piadosas dando besos!

La canción del dolor

(Á MI BUEN AMIGO BARTOLOMÉ CORNET.)

¡Ven, vida mía! Hay solo una canción:
¡la canción del amor!
. . . . . .
. . . . . .
¡Ay, alma mía! Hay solo una canción:
¡la canción del dolor!

I.

¡Yo acaricié el ensueño!... ¡yo tuve fé un instante!...

Yo ví tus negros ojos mirarme dulcemente,
yo tuve entre las mías tu mano abandonada,
yo te llegué á besar...
¡Y ví por todas partes miradas amorosas
y manos enlazadas y pechos agitados
y bocas anhelantes buscándose frenéticas
con ávida pasión!

Y entonces, entusiasta, canté la vida hermosa,
creyendo que la fuente de manantiales puros
que el fatigado espíritu soñara inagotable
para calmar su sed,
nunca jamás podría ser otra que esa fuente
por cuya senda pasa con su amoroso idilio,
feliz por un momento, porque soñando pasa,
la eterna juventud.

Por eso aquella noche, ciñendo tu cintura
mi brazo que temblaba gozando tu abandono,
muy solos y muy juntos, te dige tiernamente

sintiéndome feliz:
«Yo cantaré, bien mío, para que tú sonrías
y goces el deleite del amoroso canto,
que una canción hay solo: ¡la universal y eterna
sublime del amor!»

. . . . . .

. . . . . .

II.

Si tú supieras, alma bendita de mi alma,
las cosas que te guardo, las cosas qne no digo,
las veces que he gozado sufriendo tus desdenes...
¡verías tú, mi amor!
¡Verías tú placeres que me dejaron huellas
de hieles amarguísimas!... ¡Verías tú qué angustias,
con peregrino gusto de mieles delicadas,
devoré con afán!...

¡Verías tú, bendita!... Yo soy aquel que ríe
porque en la risa encuentra brutal aturdimiento;

aquel que se embriäga con la nerviosa risa
de argentinado son.
Yo soy aquel que busca la carcajada fresca,
como la rosa mustia la gota de rocío,
como el ardiente labio la cristalina fuente
donde calmar la sed.

Yo soy aquel que ríe para matar la queja...
la queja dolorida que del cansado pecho
que sufre consumido por el amor humano,
se exhala pertinaz.
Yo soy aquel que entona canciones de esperanza...
canciones saludables de puros alborozos...
¡pero que llevan dentro del alma que las nutre
la más triste canción!

Canciones en que pongo de las humanas quejas
la salmodía triste que con cadencias íntimas
produce en el espíritu, de la exudante angustia,
la obscura vaguedad;

canciones en que es alma y madre, á un tiempo mismo,
como divina esencia de vida palpitante
y germen de ternuras y germen de alegrías,
la nota del dolor.

. . . . . .

. . . . . .

¡Si tú supieras, alma bendita de mi alma!...
¡Yo acaricié el ensueño!... ¡yo tuve fé un instante!...
No hay fuente como aquella que mana la amargura
para calmar la sed...
Yo cantaré, bien mío, para que tú suspires
y goces las angustias del doloroso canto,
que una canción hay solo: ¡la universal y eterna
sublime del dolor!

ÍNDICE